

Claudia y el secreto de los balones

Aitor Arana

Una bella niña vivía en un pueblecito a comienzos del siglo xx. En aquella época no solía haber coches en las calles de los pueblos ni luz eléctrica en las casas. La mayor parte de la gente era campesina y, puesto que había muy pocas fábricas, los que no se dedicaban a la agricultura eran carpinteros, cesteros o tenderos. Casi todas las mujeres trabajaban en los campos, en los huertos y en sus casas. Los niños y niñas comenzaban muy temprano a trabajar, la mayoría de ellos desde los once o doce años. Precisamente ésa era la edad de Claudia, la niña de esta historia, y, a pesar de que le gustaba mucho estudiar, ya estaba empleada en el taller de su tío, donde hacía a mano botas de vino.

Claudia se pasaba toda la mañana en el taller, cosiendo odres de cuero, y por la tarde ayudaba en las labores del hogar a su tía; ésta era una mujer muy dormilona, le encantaba echarse unas siestas muy largas o pasar el tiempo mirando por la ventana para enterarse de todos los chismes del pueblo. Cuando la tía se quedaba dormida, Claudia dejaba las labores domésticas y se escapaba a escondidas, se marchaba directamente a los prados de las afueras del pueblo.

En aquellos campos, casi siempre en sitios diferentes y, cuando era posible, escondidos tras los árboles cercanos al río, algunos chicos del pueblo jugaban al fútbol en secreto. Claudia solía quedarse a orillas del campo mirándolos, deseando con toda su alma correr tras el balón; pero los chicos no la dejaban jugar.

—¿Por qué no? —les preguntó multitud de veces.

—¡Porque eres una chica! —le decían siempre.

—¿Y qué? Acaso no tengo piernas para correr, ¿o qué?

—¡Que las chicas no juegan al fútbol!

Con aquellos razonamientos tan tontos, los chicos hacían sentir una rabia tremenda a Claudia. Ella quería ser futbolista, pero tenía que conformarse con mirar a los demás desde la orilla del campo. Pero como el fútbol la apasionaba tanto, se olvidaba de la insensatez de los chicos y comenzaba a animarlos cuando los partidos se hacían interesantes o incluso excitantes.

Un buen día, precisamente cuando los chicos jugaban uno de aquellos partidos interesantes, Claudia oyó los gritos de un niño que se dirigía al campo de fútbol a todo correr, por el camino junto al río:

—¡Que vienen los padres! ¡Cuidadooo! ¡Vienen los padres!

Un minuto después, los padres de los chicos entraron en el campo con gran enfado, profiriendo gritos; se llevaron a los chicos a sus casas tirándoles de las orejas, y así quedó interrumpido el juego.

—¿Cuántas veces tenemos que deciros que jugar al fútbol es muy peligroso? —preguntaban los padres a sus hijos, totalmente enfurecidos.

Aquella semana nadie jugó de nuevo en los prados junto al río. Pero dos semanas después, Claudia se acercó nuevamente al lugar, tras dejar a su tía durmiendo plácidamente junto al fuego, y encontró a los chicos jugando en un campo más alejado. Mirando como siempre el partido desde la orilla, pronto

se dio cuenta de que un chico pequeño al que ella no conocía jugaba en uno de los equipos. Aquello le produjo un repentino enfado: ¿por qué no la dejaban jugar a ella, pero sí a un chico pequeño? Claudia interrumpió el juego dirigiéndose al centro del campo. Los chicos se enfadaron mucho, pero ella les hizo frente: no podía comprender la injusticia que se cometía con ella.

Sin embargo, sus quejas resultaron totalmente vanas, y los chicos la sacaron del campo, como siempre, tras una corta discusión. Claudia se sentía descorazonada; ya no tenía ganas de quedarse a ver el partido y se encaminó cabizbaja hacia su casa. Ocurrió entonces algo en el campo de fútbol, ya que los chicos lanzaron una especie de grito de consternación; un grito como los que surgen cuando un trapecista se esfuerza en hacer una difícil pirueta y cae al suelo.

Claudia miró hacia atrás y vio lo que sucedía: el chico pequeño, que se llamaba Ignacio, le había dado un tremendo puntapié al balón, y éste fue a dar contra la rama rota y puntiaguda de un árbol. La rama agujereó el balón, que yacía en el suelo, sin aire y totalmente inservible. Al ver aquello, los chicos comenzaron a marcharse, entristecidos y en silencio.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntó extrañado el pequeño Ignacio—. Traigamos otro balón y así podremos seguir con el partido.

Pero sus amigos, sin dar la menor explicación, continuaron su camino. Claudia se acercó a él y le preguntó:

—¿No sabes que quien rom-

pe el balón debe traer uno nuevo? ¿Acaso tus amigos no te han dicho dónde se consiguen los balones?

Ignacio no respondió y con ello demostró que nada sabía sobre el tema. Ninguna persona del pueblo comentaba en la calle por qué los padres no dejaban jugar a sus hijos al fútbol, pero Claudia pensaba que aquel secreto lo sabían todos. Sin embargo, estaba claro que Ignacio no sabía nada, quizá por ser tan pequeño.

—Los balones provienen de un sitio muy peligroso —aclaró Claudia—, y tú tendrás que conseguir uno si quieres seguir jugando al fútbol.

—Entonces lo traeré —afirmó Ignacio—. ¿Me puedes decir dónde está ese sitio?

—Ven conmigo.

Los dos nuevos amigos echaron a andar alejándose del pueblo, es decir, río arriba. Tras caminar un rato, llegaron a un lugar en el que el río se ensanchaba de forma evidente. Allí vieron que, en mitad de la corriente, había una isla alargada en forma oval. Estaba cubierta de hierba y en uno de sus extremos tenía dos rocas de tamaño considerable. Claudia dijo a su amigo que los balones se creaban allí y, sin más, se descalzaron para adentrarse en el río y llegar así a la pequeña isla. Una vez en ella, vieron que entre la hierba había charcos y que éstos estaban llenos de balones blancos totalmente redondos. Ignacio sonrió y rápidamente cogió en sus manos una de aquellas hermosas pelotas.

Entonces salió de entre las rocas un ser gigantesco con apariencia de rana; los dos niños pudieron comprobar que era ca-



TERESA MARTÍ.

si tan alto como dos hombres. Sacó su larga y pegajosa lengua y, lanzándola contra Ignacio, lo atrapó de un solo golpe, tal y como los camaleones atrapan a las moscas. El balón que Ignacio había cogido cayó de nuevo en el charco. La rana gigante desapareció rápidamente bajo tierra, metiéndose entre las dos rocas.

Claudia quedó aterrada sin saber qué hacer. Pensó en ir corriendo al pueblo en busca de ayuda, pero optó por seguir los pasos de la rana y así lo hizo con gran decisión. Traspasadas las dos rocas, fue adentrándose por un pasadizo subterráneo, como si hubiera entrado en una cueva. Cuando sus ojos se acostumbraron a la débil luz del lugar, vio que estaba en una especie de pasillo descendente y, cuando terminó de recorrerlo, llegó a una especie de gran sala llena de estalactitas y estalagmitas.

Escondida tras una gran estalagmita, Claudia contempló aterrada cómo la rana gigante ataba a Ignacio a otra estalagmita, valiéndose de la pegajosa saliva

que rezumaba de su boca. Pronto la niña pudo ver que en aquel lugar había otros chicos atados igual que Ignacio. Todos ellos estaban dormidos, tal y como Ignacio estaba quedándose, seguramente por el efecto de alguna sustancia de las que contenía la saliva de la rana.

Todos en el pueblo creían que aquellos chicos estaban muertos y, precisamente por eso, los padres habían prohibido a sus hijos jugar al fútbol: los que iban en busca de balones desaparecían. Claudia sabía en aquel momento que estaban vivos, y pensaba en la forma de sacarlos sanos y salvos de aquel lugar.

Decidió hablar con la rana gigante y, para hacerlo, salió de su escondite.

—¡Suelta a estos chicos, por favor!

La rana miró extrañada a aquella niña que tan repentinamente había aparecido ante sus ojos.

—¿Son tus amigos? —le preguntó.

—¡Sí! —respondió la niña con voz firme.

Entonces la rana le explicó que los niños eran muy malos, porque le robaban sus huevos. Al hacerlo, morían las crías de rana que había en ellos, y por eso los tomaba prisioneros. La rana explicó que ella ya estaba vieja y que tenía los huesos muy duros para poder cuidar bien de los huevos, y que los chicos hacían aquel trabajo por ella, pues podía despertarlos cuando le convenía. El cometido de los chicos consistía en dar la vuelta a los huevos cuando no había nadie en los alrededores, o en cambiarlos de sitio cuando el sol daba demasiado fuerte.

Aclarado el misterio de los balones, Claudia tuvo una idea y habló de esta manera a la rana:

—¿Soltarás a todos los chicos, si te aseguro que no vendrán más a por huevos pensando que son balones?

—¡Lo haré encantada! Pero ¿cómo me puedes asegurar semejante cosa?

—Espérame aquí, por favor. Volveré con la solución antes de que oscurezca.

Claudia salió pitando de la

morada de la rana, atravesó en un suspiro el río, y se fue a toda mecha camino abajo hacia el pueblo. Al llegar, se fue directamente al taller de su tío. Deseó de todo corazón que saliera bien la idea que se le había ocurrido.

Pasó dos o tres horas trabajando con la aguja, cosiendo entre sí algunos pedazos de cuero hasta hacer una especie de saquito redondo. Luego, puso dentro una vejiga parecida a un globo para que el aire no se escapara entre las costuras, y lo cerró con una boca de odre que encontró en el mismo taller. Seguidamente pidió la máquina de inflar a un empleado de su tío y, tras empujar hacia dentro la boca del balón de cuero recién hecho, lo infló y dio por terminado su trabajo.

De nuevo salió disparada, pero en vez de dirigirse a todo correr a casa de la rana, pasó por las casas de los padres que habían perdido a sus hijos. Les rogó que fueran con ella al río, y aunque al principio los padres no podían creer que volverían a ver a sus hijos, prepararon en un santiamén los carros y sus mejores caballos, para llegar al río más rápidamente que a pie.

Claudia, tal y como prometió a la rana, regresó a la cueva del río antes de que oscureciera. Estaba feliz y, tras pedir a los padres que la esperaran a la orilla del río, se dirigió hacia donde estaba la rana llevando el balón de cuero bajo el brazo. Cuando llegó ante ella, le enseñó sonriente el nuevo balón.

—¡Mira qué bueno es este balón que he hecho para jugar al fútbol!

Y le pegó una tremenda patada al balón, y éste rebotó de estalagmita en estalagmita. La rana comprendió enseguida que los chicos podrían jugar divinamente con un balón de cuero, y que nunca más tendrían necesidad de robarle los huevos. Dio las gracias a Claudia, y una gran sonrisa asomó en su rostro.

Mucho más grandes fueron las sonrisas y los gritos de alegría de los padres, cuando vieron salir de la cueva a Claudia con todos los chicos.